

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Homilía

XXIII SEMANA DE LA FAMILIA EN VALLADOLID 2007

XXIII Semana de la Familia en Valladolid 2007

18 de febrero de 2007

La Semana de la Familia es ocasión importante para rezar y reflexionar sobre la familia, que es la "cuna" de la vida y de toda vocación. En este mismo mes recordaba el Papa que la familia fundada en el matrimonio *«constituye el ambiente natural para el nacimiento y la educación de los hijos; por lo tanto, para asegurar el porvenir de la entera humanidad»*. Certeras palabras: inada menos que asegurar el porvenir de la humanidad! Benedicto XVI indica, por ello, que es necesario defender, ayudar, proteger y valorar la familia en su unidad irrepetible: *«Aunque este compromiso corresponde en primer lugar a los esposos, también es un deber prioritario de la Iglesia y de todas las instituciones públicas sostener a la familia con iniciativas pastorales y políticas que tengan en cuenta las necesidades reales de los cónyuges, de los ancianos y de las nuevas generaciones»* (Ángelus del 4-2-2007).

No es momento de valorar de modo pormenorizado qué están haciendo las instituciones públicas por la familia. Sí tengo la convicción de que algunas leyes y medidas del Gobierno van insensatamente contra la familia, pero no contra la familia católica, sino sencillamente contra la familia. Ahora bien, mi responsabilidad es qué hacemos los que formamos la Iglesia católica para que la familia *sea lo que es*. Y a ello os animo y nos animamos.

Yo agradezco muchísimo la tarea de la Delegación de Familia y Vida, no sólo en esta XXIII Semana de la Familia, sino tantos y tantos trabajos a lo largo del curso. Igualmente otros muchos grupos y aso-

aprecien más la belleza de su vida, su esponsalidad, sus hijos y su familia, sin complejos ante otras formas de uniones afectivas.

«La vida del hombre recibe su ritmo de una meditación que la penetra y la hace fluir; señalando los momentos fundamentales de la existencia: el nacimiento, el amor, el trabajo y la muerte.

En la encrucijada de esas dimensiones fundamentales de la existencia está la familia, que constituye el espacio humano esencial, en el interior del cual se verifican los acontecimientos que tienen influencia decisiva en el constituirse de la persona y en su crecimiento, hasta una plena madurez y libertad. Los momentos de crisis, de elecciones básicas, se trabajan en la familia de tal modo que la persona es capaz de darse cuenta de su importancia y, por lo tanto, de integrarlos en profundidad en la propia existencia, y convertirlos en momentos del propio descubrimiento de los valores que dan consistencia a la vida. Por otra parte, la familia misma depende de esas experiencias fundamentales: en y a través de ellas es conformada y mantenida en la existencia. Por esto la familia no debe ser considerada primariamente como una institución, del mismo modo que otras instituciones sociales, sino como una dimensión fundamental de la existencia, una dimensión de la persona, un modo de ser de ésta: el modo más inmediato en el que se manifiesta que ha nacido para la comunión y que se realiza solamente en comunión con otras personas». (R. Buttiglione, "La persona y la familia", Biblioteca Palabra, Madrid 1999, 7-8).

Podría parecer que vivir así el matrimonio y la familia es sencillamente "hacer el tonto", ir de modo innecesario contra corriente sin que esto reporte mucho, ser considerados por los demás con sorna y cierta conmiseración, porque todavía creemos en una forma de vida que, a sus ojos, está superada en el mundo contemporáneo. ¿Está superada? ¿Acaso lo está el evangelio que hemos escuchado, o la conducta de David que perdona a Saúl y no se venga del que le persigue? ¿Podemos pensar que lo que nos pide Cristo en este pasaje de Lc 6,27-38 es imposible de vivir? Somos, sin duda, espectáculo para los que no creen. Necesitamos la gracia del Señor para vivir como Cristo vivió; sin duda. Pero es posible una vida cristiana, un matrimonio cristiano, una familia cristiana.

¡Es, a la vez, tan humana, es tan bella, la necesita tanto la sociedad! *«Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian».* Sin duda es éste un leguaje desconcertante para el auditorio de Jesús. y